

Unamuno y el Vasce. Contra-Ensayo de Martín de Ugalde

Eloy L. Placer

Euzko Deya [Mexiko], 327. zk., 1967-09-01: 17-19.

Hay hombres de valor con muchísima paciencia. Martín de Ugalde, no nos cabe la menor duda, es uno de esos. Al llegar a nuestras manos un ejemplar de su obra, la pregunta que nos hacemos es si valía la pena de realizar todo este trabajo...

Sí, Unamuno adquirió fama. Desde niño se dio cuenta de que era un genio: *en la Basílica del señor Santiago de Bilbao* escribe: "Soñé sueños de gloria, ya terrena, ya celestial" y se dedicó al estudio con ahínco para ser el más grande en el universo y en la eternidad. Como para sobresalir hay que eliminar y quitar méritos a los demás, porque "el cielo de la fama no es muy grande y cuantos más en él entren, menos toca a cada uno de ellos", según se expresa cínicamente en *Del sentimiento trágico de la vida*, para contrarrestar la fama de aquel otro profesor famoso de Salamanca, Fray Luis de León, que tan bellamente refundió en castellano el "Beatus ille..." en "Dichoso aquel que huye del mundanal ruido es un cochino". Generalizando, afirma en sus *Ensayos* que "nuestra literatura, tomada en conjunto, es sencillamente insoportable; nuestros clásicos son unos charlatanes que diluyen en un tonel de agua insípida una píldora de filosofía casera, que sabe a garbanzo revenido". Particularizando, pone en práctica aquello de que "no hay mayor desprecio que no hacer aprecio", para no admitir que D. Resurrección M^a de Azkue valía más que él en cuestiones euskéricas.

Sí, Unamuno estaba muy bien informado; ya se lo contó Pablito a Sorel: "Me lo ha dicho mi papá, que lo sabe todo". Bien nos daba a entender lo mucho que había leído usando innumerables citas; a tal punto a veces, que en la conclusión a los ensayos que reunió bajo el título *Del sentimiento trágico de la vida* confiesa: "Mi pecado ha sido, si alguno, el haberlos exornado en exceso con citas ajenas". Sin embargo, en ocasiones, se olvida y nos presenta como nuevas, suyas, ideas como aquélla, por ejemplo, que antes de ser expresada en inglés por Arnold –nos la refiere Ugalde–, había sido expuesta en francés por aquel Grégoire, diputado de la Convención, de que no bastaba unificar el territorio de Francia: para conseguir la unidad real era preciso desterrar las diferencias lingüísticas, ahogar todos los idiomas y dialectos de la superficie de Francia, obligar a todos a usar el francés.

Sí, se hizo un nombre. Escribiendo "contra esto y aquello". Diciendo medias verdades que, por el hecho de serlo, no llegan a ser verdades. Muchos le alaban, es cierto; nosotros no vamos a regatear sus méritos. Pero Ortega le llamó "energúmeno"; Sender le calificó de "gárrulo, vanilocuo"; Mata nos dice que "se hizo una reputación de hombre raro, de escritor estafalario, y era, por aquel tiempo, el que usufructaba el puesto de intelectual ininteligible". Con razón le dijo aquel americano: "Usted no dice más que cosas sin sentido". Tampoco en casa propia le tenían en gran estima si creemos a Salaverría: "Deseaba (Unamuno) que aquellos jóvenes escritores vascos (Baroja, Maeztu) se

agrupasen en torno a él y le reconocieran como su jefe y maestro. pretensión que en la costa del Mediterráneo hubiera podido parecer justa y natural, pero que propuesta entre vascos resultaba ridícula. Baroja se burlaba de ella con su típica risa cascajosa y trémula, bajo el lacio bigote rubio".

Ugalde le concede autoridad porque "se graduó en Filosofía en Madrid, obtuvo su cátedra de griego en Salamanca y tuvo a su cargo en esa Universidad la cátedra de Historia de la Lengua Castellana". Efectivamente, ganó cátedra –después de varios fracasos– de griego, lengua "muerta" que sólo interesaba a un reducido número de estudiosos y por lo tanto no podía servirle de caja de resonancia: se desprendió del lastre en cuanto se le ofreció la ocasión sin dejar obra que demostrara sus aficiones helénico-lingüísticas. Tampoco tenemos de él sino disquisiciones lingüístico-castellanas acerca de generalidades tales como aquello de que "tiene la lengua castellana que modificarse hondamente, haciéndose de veras española o hispanoamericana"; idea aceptable pero que no presupone grandes conocimientos lingüísticos. Su categoría respecto a estos temas nos la da el mismo Ugalde al referirnos la declaración justiciera del profesor Armstrong: "Unamuno es simplemente un ignorante en el campo de la moderna lingüística". En cuanto al euskera, cualquiera que tenga un poco de conocimiento, sin ser especialista, sin ni siquiera saber bien el idioma, se da cuenta de las incongruencias que se le ocurren a Unamuno; primero por seguir la moda de su tiempo, para ser "original"; después de su fracaso de 1888, por resentimiento.

Si Unamuno ya que no sentido común –él decía: "El sentido común a la cocina"–, hubiese mostrado dignidad y honradez en sus disquisiciones sobre el euskera, habría hecho algo aceptable. Pero, ¡son tan ridículas sus opiniones! "Se burló siempre a su manera de las aldeanadas de lo vasco, y en los estudios que hizo del euskera (muy pocos y pobres por cierto) no hizo sino sembrar el desánimo fatalista y destruir", nos dice Ugalde; a pesar de todo escribe este detenido *Contra-ensayo*, lo cual demuestra su temple, su paciencia formidable, si bien lo hace con la intención de sacar provecho de alguna idea que otra esparcida entre necedades, y aceptando el consejo de Guillermo de Torre, "para comprender a Unamuno no hay que acercarse a él con actitud incondicional, antes bien, con talante polémico, crítico, semejante al que él mismo adoptaba frente a los demás". Cualquiera otro hubiera seguido la advertencia de Sabino Arana: "Quien quiera que conociera el carácter de Unamuno, comprendía que su desfogue no merecía la pena de ser contestado ni de provocar protesta alguna".

Hemos de estar agradecidos al estupendo trabajo de Ugalde. Con lo que dice estamos de acuerdo, hechas algunas salvedades. Se nos ocurre, sin embargo, comentar un par de puntos.

¿Cuál hubiese sido la actitud de Unamuno si le hubiesen dado la cátedra de euskera en lugar de dársela a Azkue? Si admitimos la opinión de Armstrong, si tenemos en cuenta lo que hizo por el griego, si conocemos un poco su carácter, no nos queda más remedio que concluir que Unamuno se hubiese dedicado a la polémica sin moderación, valiéndose de su puesto oficial; hubiese dado unos cuantos brochazos coloristas y, desde luego, no hubiese realizado la labor sólida que nos ha dejado Azkue.

¿Por qué no reclamó una universidad para el País Vasco? Primero porque no lo sentía: Unamuno perdió en Madrid su vasquismo lo mismo que perdió su fe; fue en lo

sucesivo un "vasco castellanizado", a decir de Baroja, que como tal nos recuerda a aquellos inquisidores españoles, que, siendo conversos, perseguían con tanta más inquina a sus antiguos correligionarios cuanto que creían así hacer más méritos. Segundo porque no tenía realmente espíritu progresivo y sabía lo que significaba una universidad vasca. Tercero porque esta convencido de que él, que se consideraba el imprescindible y tenía mucha envidia, no hubiese sido nombrado rector de la Universidad Vasca. Creemos a Ugalde lo que nos revela sobre el ofrecimiento que Aguirre hizo a Unamuno; pero no podemos ver en esto sino un gesto de cortesía o, de lo contrario, tenemos que pensar que Aguirre, a pesar de la prudencia y sabiduría que demostró en la gerencia del gobierno de Euzkadi, tuvo aquí una debilidad y se equivocó, hombre al cabo; error que no sabemos explicar si no es por la exuberancia de bondad de su corazón abierto a todos y por su esperanzado optimismo de que las ovejas descarriada volverían a la buena senda. Había en aquel entonces vacos más dignos, si no tan exhibicionista, más vascos y tan sabios como él. Además, ¿no hubiera hecho Unamuno, "rector de la Universidad Vasca", alguna jugarreta como la que hizo con los fondos privados de la Universidad de Salamanca o como postergar el estudio y la enseñanza del euskera como parece que se está haciendo en la "Universidad de Pamplona? Mientras él fue rector en Salamanca no se le ocurrió crear la "Cátedra Larramendi"...

Algunos otros temas se prestan a comentario y discusión; pero no es nuestro propósito escribir un libro ni mucho menos quitar valor a este *Contra-ensayo*. Ugalde ha hecho una labor meritoria, muy meritoria; ha puesto, muy bien colocados, los puntos sobre las íes, no sólo al irresponsable Unamuno, sino a todos los que por error o fanatismo nos lo merecemos. Este libro debiera llegar a las manos de todos los vascos y a las de los no vascos también, especialmente a las de franceses y españoles: a la de los vascos para que reaccionen con presteza, se convenzan a sí mismos y demuestren al mundo que el euskera está vivo; a los no vascos, muy particularmente a los españoles, para que reflexionen y, aunque no sea por otras razones que la de entrar en las corrientes culturales de nuestros tiempos, cejen en su manía de unificación y permitan que el euskera, la cultura vasca, se desarrollen al amparo de la escuela y de la universidad vasca libres.

Ugalde rebate a la perfección las falsas teorías de Unamuno; demuestra que el euskera tiene capacidad de lengua culta y fuerza vital interna; lo que le hace falta es libertad. En apoyo de lo que afirma u opina aduce la autoridad de los mayores prestigios nacionales e internacionales, inclusive los españoles, los ejemplos de los países cultos, el peso moral de las instituciones nacionales y supranacionales, inclusive los dictámenes de la UNESCO y las encíclicas de los Papas. Naturalmente, sigue una bibliografía importante e interesante. Su libro, por su claridad y ordenado plan, es de gran utilidad para especializados y fácil de entender para los no especializados. Se lo recomendamos al Consejo de Cultura del Gobierno de Euzkadi como fuente de sugerencias en cuanto a cómo se ha de pensar respecto a la organización de la enseñanza en el futuro de la nación vasca.

(Del *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos*)